

Étienne Gilson

Dogmatismo y tolerancia*

Llamaré “totalitaria” a cualquier forma de sociedad política que no establezca límites morales a los poderes del Estado. Tales sociedades están bien definidas por la fórmula de Mussolini: “Nada fuera del Estado, por encima del Estado, contra el Estado; todo al Estado, para el Estado, en el Estado”.

Llamaré “democrática” a cualquier forma de sociedad política no totalitaria. Una sociedad democrática no niega la autoridad del Estado como representante del cuerpo político y ejecutor de las leyes con vistas al bien común, pero reconoce la presencia, en los seres humanos, de algunas cosas que están fuera del Estado, por encima del Estado, y que puede ser necesario proteger contra las invasiones del Estado. Como ejemplo de tales cosas puedo citar la verdad.

Llamaré “dogmatismo” a la actitud filosófica de quienes sostienen que algunas proposiciones no son meramente probables, o práctica-

Ceferino Muñoz Medina, CONICET-Universidad Gabriela Mistral, Chile
ceferino.munoz@ffyl.uncu.edu.ar • ORCID: 0000-0003-0372-789X

* Aparecido originalmente en: Étienne Gilson, “Dogmatism and Tolerance”, (Rutgers, N.J.: Rutgers University Press, 1952). Conferencia pronunciada en la Rutgers University el 12 de diciembre de 1951.]

mente ciertas, sino incondicionalmente verdaderas, siempre que estemos de acuerdo con el significado de sus términos y seamos capaces de entenderlas. Como ejemplos de tales proposiciones puedo citar las siguientes: Incluso un hombre rico necesita amigos (Aristóteles); La paz es la tranquilidad que acompaña al orden (Agustín); Toda acción tiene bondad en la medida en que tiene ser, mientras que carece de bondad en la medida en que le falta algo que se debe a su plenitud de ser (Tomás de Aquino); Los seres humanos no deben ser utilizados como medios, sino respetados como fines (Kant). Personalmente, sostengo todas estas proposiciones como absolutamente verdaderas, pero no estoy diciendo que sean evidentes o incontrovertibles; mi único punto es que llamaré dogmatismo a la actitud filosófica de cualquiera que reconozca la verdad no condicional de cualquiera de tales proposiciones.

A estas definiciones, me permito añadir una observación general. El problema que nos ocupa pertenece al campo de la filosofía política, pero no al de la política. Los problemas políticos tratan de dificultades particulares, cada una de las cuales es propia de una situación determinada, tal como se presenta en un momento dado en un país determinado; la filosofía política trata de problemas generales cuyas soluciones deben ser adaptadas por los políticos a los datos concretos de los problemas que tienen que resolver. Nuestro propio problema será saber si una actitud dogmática en filosofía es compatible o no con una actitud tolerante en la vida política. Ahora bien, una doctrina filosófica no es un partido político. De hecho, haré todo lo posible para dejar claro que, aunque la filosofía puede hacer algo con la política, la política no puede hacer nada con la filosofía. Tengo dos razones para que mi actitud sea lo más definida posible. En primer lugar, una personal: en veinticinco años, nunca he hecho una sola declaración sobre la política interna de ninguno de los países en los que he tenido el privilegio de ser recibido como conferencista invitado. En segundo lugar, una general: incluso en su propio país, un filósofo no puede deducir *a priori* de

sus principios las condiciones concretas de su aplicación a situaciones políticas particulares. Este es el trabajo de los políticos, y no es fácil. A ellos, sin embargo, les resultaría menos desconcertante si empezaran por definirse a sí mismos la naturaleza propia de su tarea, para no malgastar sus esfuerzos en tratar de conseguir por medios políticos lo que sólo puede hacer la filosofía.

Durante mis muchos años de docencia en universidades americanas y europeas, a menudo me he preguntado por la actitud general de algunos profesores hacia la filosofía. Lo que más me sorprendía no era que pocos de ellos estuvieran de acuerdo con la misma filosofía, sino que consideraban su desacuerdo como el signo de una situación filosófica saludable. Obviamente, donde no hay derecho a discrepar, no puede haber vida filosófica, pero lo que mis colegas tenían en mente era algo diferente. Para ellos, el desacuerdo era la esencia misma del pensamiento filosófico sano. Después de todo, ¿no vivimos en países democráticos en los que todo el mundo debería ser libre de decir lo que piensa? Y puesto que todo ciudadano libre es tan bueno como cualquier otro ciudadano libre, ¿por qué su filosofía no iba a ser tan buena como cualquier otra filosofía? Esto, por supuesto, no implicaba que no existiera la verdad, sino que cada uno tenía derecho a decretar su propia verdad. Se podría haber dicho, por ejemplo, “esto es verdad porque honestamente pienso que lo es”, sin embargo, una mala forma de decirlo habría sido: “honestamente pienso que esto es verdad, porque lo es”¹. Esta actitud habría sido tachada de “dogmatismo”, una falta muy grave, porque el dogmatismo engendra intolerancia, la cual engendra tiranía política, el enemigo mortal de la democracia. En resumen, no puede haber libertad política donde cada hombre no es libre de pensar a su manera.

No creo que esta actitud se haya abandonado. Bertrand Russell ha resumido recientemente, en un ensayo brillantemente escrito sobre

¹ Las comillas no estaban en el original. Las hemos agregado para contribuir a que se entienda la idea que se quiere expresar.

“Filosofía y Política”, lo que a muchos probablemente les parece el meollo del asunto, a saber, que un sano relativismo en filosofía va de la mano del liberalismo y de la democracia en política. Porque, en efecto, si uno está seguro de que existe una verdad absoluta, se convierte en su deber hacerla valer, por lo que la libertad filosófica es la raíz de la libertad política.

Ahora bien, estoy lejos de pensar que esta última proposición no sea correcta. Por el contrario, sostengo dogmáticamente que es una verdad absoluta; porque, en efecto, en todas partes donde existe una concepción filosófica del mundo impuesta por el Estado, no queda ningún rastro de libertad ni en el orden político ni en el social y económico. Los Estados totalitarios pueden no estar de acuerdo con la misma verdad, pero cada uno de ellos sostiene que existe una verdad absoluta, que es su propia verdad, y que al igual que sus propios ciudadanos, el resto del mundo debe someterse a ella. Ahora bien, desde el mismo momento en que un determinado Estado comienza a enseñar su propia filosofía y a hacerla obligatoria en sus escuelas, pueden estar seguros de que, al hacerlo, su propósito y objetivos últimos no son iluminar, sino doblegar a todo el hombre a su voluntad y exigir una rendición incondicional a su autoridad. Por extraño que parezca, muchos hombres parecen hoy en día muy ansiosos por convertirse en esclavos; esto es una cuestión de gusto, y siempre que pudieran llegar a serlo ellos mismos sin involucrarme, yo no tendría ninguna objeción política. Desgraciadamente, todos estamos en el mismo barco, y si estos hombres consiguen establecer un Estado totalitario, incluso aquellos de entre nosotros que aprecian la libertad tendrán que soportar la esclavitud. Aquí es donde puede resultar útil recurrir a la reflexión filosófica.

¿Es cierto que el dogmatismo en la filosofía engendra la tiranía en la política? ¿O acaso quienes sostienen esto no son víctimas de un peligroso sofisma? A primera vista, parece haber un paralelismo entre un filósofo que afirma que una determinada filosofía es absolutamente cierta, y la decisión por la que un partido político decide convertir un

sistema en una filosofía impuesta por el Estado. Sin embargo, las dos situaciones son diferentes. Cuando un filósofo sostiene que una determinada filosofía es verdadera, simplemente está cediendo a la evidencia de su propio intelecto. Ahora bien, cada uno de nosotros tiene su propio intelecto, y el poder de ver las cosas bajo su luz es precisamente lo que nos hace libres. Es cierto que, cuando nos sentimos seguros de algo, solemos intentar convencer a los demás de que lo que es cierto para nosotros también lo es para ellos; y lo hacemos no sin una buena razón, pues, en efecto, la verdad consiste en conocer las cosas tal como son, y puesto que tanto la luz intelectual como la realidad son las mismas para todos los hombres, no hay razón para que lo que es cierto para uno de nosotros no lo sea también para todos. Pero supongamos que consigo convencer a alguien de que lo que pienso es cierto. No lo aceptará como cierto por la fuerza o la presión de mis argumentos. Verá, a la luz de su propio intelecto, la misma verdad que yo había visto antes que él a la luz de mi intelecto. Cuando un profesor de matemáticas ofrece a sus alumnos una demostración, los que la entienden están de acuerdo con su profesor, y no pueden dejar de estarlo; sin embargo, son libres, porque su acuerdo común se basa en el hecho de que varios intelectos distintos ven la misma cosa bajo la misma luz. Es cierto que los problemas filosóficos son más complejos que los matemáticos, y que los métodos para abordar estos dos órdenes de dificultades intelectuales no son los mismos; además, es más difícil lograr un acuerdo entre filósofos que entre matemáticos; sin embargo, cuando existe, se trata del mismo tipo de acuerdo. La única manera de que el filósofo más dogmático se asegure la aprobación de su propia doctrina es explicarla a los demás con tanta fuerza y claridad que signifique para todos una misma cosa.

La actitud de los Estados totalitarios es enteramente diferente. Cuando los pocos individuos que encarnan los poderes de un determinado Estado decretan que cierta doctrina es verdadera, que tendrá que ser enseñada en todas partes, en las escuelas, en las universidades, e

incluso, si es necesario, predicada desde el púlpito, no lo hacen porque quieran que esta doctrina sea considerada como verdadera a la luz de la razón, sino porque sirve a sus fines políticos y justifica sus acciones políticas. La sinceridad de estos líderes políticos no es la cuestión. Si no son sinceros, no hay problema filosófico; si son sinceros, todo lo que pueden hacer, como filósofos, es explicar la doctrina tan claramente que nadie pueda dejar de percibir su verdad. Pero en cuanto empiezan a utilizar la propaganda del Estado para hacer creer a los ciudadanos que la doctrina es verdadera y, lo que es peor, para hacerles comportarse como si la conocieran aunque no la entiendan o vean que es falsa, esos dirigentes políticos están haciendo algo que ningún filósofo haría jamás, porque, filosóficamente hablando, no tiene sentido. Incluso un filósofo tan desinteresado como Spinoza podría desear que suscribiéramos a las conclusiones de su *Ética*, pero ¿por qué razón? Porque la libertad moral era para él el bien supremo, y quería que participáramos de ella mediante una clara comprensión de su filosofía. Sin embargo, precisamente porque la liberación se logra a través de la comprensión, no tiene sentido obligar a la gente a actuar como si la entendiera. No hay nada en común entre la tiranía doctrinal del Estado, cuyo argumento último es la fuerza, y la certeza dogmática de un filósofo, cuyo argumento último es la apelación a la razón.

El caso no es menos claro cuando, en lugar de apelar a la filosofía para justificar una tiranía, un Estado apela a la ciencia. Al igual que la filosofía, la ciencia se basa en última instancia en la evidencia intelectual. Al convertir la ciencia en una ortodoxia oficial, el Estado se convierte en una iglesia. Ahora bien, los dos problemas son totalmente diferentes. Una iglesia está perfectamente justificada para definir su propia ortodoxia, porque, si uno no tiene ganas de suscribir esa ortodoxia, no necesita pertenecer a esa iglesia. Es más, si no quiere suscribir a ninguna ortodoxia religiosa, no necesita pertenecer a ninguna iglesia. Las iglesias son verdaderos jueces de sus respectivas ortodoxias, mientras que ningún Estado es en ningún sentido un juez cualificado de la ver-

dad ni en ciencia ni en filosofía. Cuando un Estado actúa como juez autoproclamado en estos asuntos, es probable que ocurran cosas peculiares. La ciencia cambia constantemente porque progresa sin cesar; por el contrario, una ortodoxia no debe cambiar; el resultado es que una ortodoxia científica implica la posibilidad de ese monstruo increíble: una verdad científica inmutable. El marxismo es un ejemplo de ello. Como doctrina económica puede haber sido cierta, pero si lo fue hace cien años, podemos concluir con seguridad que, si siguiera siendo cierta hoy, sería la única verdad científica centenaria. De hecho, la condición [actual] de los trabajadores es muy diferente a la de hace un siglo. Marx no previó la liberación progresiva del trabajo por el sindicalismo, ni el tipo de empresa capitalista americana. La revolución comunista no consistió, como había dicho Marx, en la conquista por parte de los trabajadores organizados de un sistema industrial altamente próspero y concentrado, sino, por el contrario, en la construcción de una economía industrial inexistente mediante el tipo de capitalismo más feroz jamás conocido, el capitalismo de Estado. Por último, pero no por ello menos importante, la revolución comunista debía ser un breve paréntesis entre la supresión de la *clase burguesa* y la del Estado, mientras que en realidad se ha traducido en la dominación de la clase obrera por un partido político y en la sumisión de todos los ciudadanos a la policía estatal más eficaz que jamás haya existido, la de los zares rusos. Nada ocurrió como debía, pero ninguna ortodoxia política debe preocuparse por los hechos. Si los hechos no concuerdan con la doctrina, es el Partido el que debe crear los hechos que justifiquen la doctrina. Al igual que con el “Führer”, o el “Duce”, el Partido siempre tiene razón. No estoy dispuesto a decir si, a largo plazo, esta actitud es rentable como método político, pero como método científico es obviamente absurda. El Partido no tiene razón porque su doctrina sea verdadera, sino que la doctrina es verdadera porque el Partido siempre tiene razón.

Hay entonces una falacia al decir que el dogmatismo engendra naturalmente la tiranía política. Como filósofo, puedo estar absoluta-

mente seguro de que no existe la materia o, por el contrario, de que todo es materia, pero esto no me da derecho a utilizar medios políticos para hacerles reconocer la verdad de mi conclusión. Ni siquiera se trata de una cuestión de derecho; esta misma noción es absurda y autocontradictoria. Si un policía insiste en que un semáforo verde es rojo, puedo pensar que es más prudente darle la razón porque el hombre es daltónico o está loco, o simplemente porque siempre es más prudente no discutir con un policía, pero él no puede hacerme creer que lo que dice es cierto. O supongamos que, para ser ciudadano, todo inmigrante tuviera que jurar que cree en la teoría de la relatividad generalizada de Einstein o en la mecánica ondulatoria de De Broglie. Mi impresión es que muy pocos solicitantes se opondrían, pero ¿qué relación tendría esto con la ciencia? Lo mismo ocurre en el caso de la filosofía. En un Estado controlado por los soviéticos, yo no podría enseñar metafísica, así que tendría que buscar otro trabajo. Pero nada podría hacerme pensar que el materialismo dialéctico es verdadero; o bien, en caso de que lo pensara, mi convicción filosófica personal no tendría nada que ver con lo que las autoridades políticas quieren que piense.

Sea esta, pues, nuestra primera conclusión: no hay conexión necesaria entre el dogmatismo filosófico y la tiranía política, como tampoco la hay entre el escepticismo filosófico y la libertad política. ¡Cuántas veces no hemos oído decir que si no se es tolerante en filosofía, no se puede ser tolerante en política! Por el contrario, si soy escéptico en filosofía, es decir, si no estoy seguro de ninguna verdad filosófica en particular, ¿cómo podría ser tolerante no sólo en política, sino incluso en filosofía? No tenemos que tolerar lo que sabemos que es correcto. Ni siquiera podemos tolerar lo que no sabemos con certeza que está mal. Un escéptico intolerante sería un monstruo de la perversidad. Sólo cuando tenemos la certeza de que lo que alguien dice o hace es incorrecto, podemos juzgar como aconsejable tolerarlo. En resumen, donde no hay dogmatismo, no puede haber tolerancia, porque no hay nada que tolerar. La tolerancia no consiste en aceptar todas

las afirmaciones filosóficas como más o menos probables, sino, estando absolutamente seguros de que una de ellas es verdadera y las otras falsas, en dejar que cada uno sea libre de decir lo que piensa. Esto se aplica incluso a las cuestiones de religión. Cuando, en el siglo XIII, Tomás de Aquino enseñó que debía permitirse a los judíos rendir culto a su manera, no se preguntaba en absoluto si, por casualidad, el judaísmo no era tan verdadero como el cristianismo. Por el contrario, como cristiano, sabía con certeza que los judíos estaban equivocados, y esa era precisamente la razón por la que, desde su punto de vista, había que tolerarlos. Más cerca de nosotros, la Ley de Quebec de 1774 fue un verdadero acto de tolerancia, porque el efecto fue que, en Canadá, el papismo sería tolerado a partir de entonces por hombres que estaban absolutamente seguros de que el papismo era malo. Como dijo una vez y con razón el profesor A. N. Whitehead: “En general, la tolerancia se encuentra más a menudo en conexión con una ortodoxia genial”. Sólo me permito ir un poco más allá, y decir que la propia definición de tolerancia implica la unión inseparable del dogmatismo intelectual y la libertad política.

Tratemos de dejar bien claro este punto. Sin entrar en tecnicismos filosóficos, me permito al menos sugerir que una fusión fundamental es aquí la raíz de muchos malentendidos. La tolerancia es una virtud moral y política, no intelectual. Como seres racionales, nuestro único deber hacia las ideas es tener razón, es decir, buscar la verdad por sí misma y aceptarla en cuanto la veamos. En cuanto al error, ya sea que se encuentre en nosotros mismos o en las mentes de otros hombres, nuestro único deber hacia él es denunciarlo como falso. Esto es lo que los científicos no dejan de hacer, y cuando uno de ellos descubre que una determinada teoría, por muy aceptada que esté, debe ser abandonada para dar paso a otra más verdadera, nunca se les ocurre tolerarla. Sin embargo, al luchar contra el error, no se consideran culpables de “in-tolerancia”. Las dos nociones de “tolerancia” y de “intolerancia” simplemente no se aplican al orden de las ideas. Lo que realmente que-

remos expresar al decir que toleramos ciertas ideas es que toleramos la existencia de ciertos hombres que sostienen esas ideas y que respetamos su libertad de expresión. Pero, ¿por qué deberíamos hacerlo? No necesariamente porque pensemos que lo que dicen, o escriben, o enseñan, tiene tantas posibilidades de ser cierto como cualquier otra cosa, sino más bien porque, aun sabiendo que sus ideas son erróneas, esos hombres son nuestros compatriotas con los que tenemos que convivir en paz al igual que ellos mismos tienen que soportarnos a nosotros. Aristóteles decía que dos virtudes morales son los pilares mismos de la vida política: la justicia y la amistad, que es lo que hoy llamamos la “política del buen vecino”. La tolerancia no es más que una aplicación particular a las necesidades de la vida política de la virtud moral de la amistad. En primer lugar, reconoce el hecho de que, dada la naturaleza misma de la verdad, la fuerza tiene menos poder sobre ella. Cuando Harvey descubrió la circulación de la sangre, haberle metido en la cárcel no habría impedido que la sangre circulara, y haber metido en la cárcel a sus numerosos oponentes no habría contribuido a la demostración de esta nueva verdad. Tanto en la filosofía como en la ciencia, el único juez de la verdad y del error es la luz natural de la razón. Precisamente por eso hay que tolerar la libre expresión del error, no como una aprobación del error mismo, sino porque amamos tanto a nuestro prójimo que no queremos que sea un hombre que hable como si conociera la verdad, sino que sea un hombre que la conozca. Ahora bien, esto es algo que no podemos hacer, a menos que nosotros mismos reconozcamos la objetividad impersonal de la verdad y logremos conocerla. Entonces, y sólo entonces, podremos luchar por ella, y con esas “armas de luz” que son las únicas legítimas en tal lucha.

De ahí nuestra segunda conclusión, que es de carácter más práctico. Si queremos mantener nuestros respectivos países a salvo mediante la democracia, no necesitamos menos dogmatismo filosófico, sino más. En todas las partes del mundo donde todavía hay elecciones libres, universidades libres e iglesias libres, hay también un nuevo par-

tido político que no cree en el escepticismo, el relativismo o el indiferentismo, sino que, por el contrario, enseña el dogmatismo más estricto que la humanidad ha conocido. Dondequiera que este partido controle la vida de una nación, todos y cada uno de los hombres, mujeres y niños saben lo que deben creer sobre la religión, en la filosofía, en la ciencia, en la economía y, en consecuencia, en la política. Sea lo que sea lo que pensemos de un Estado así, una cosa al menos es segura, y es que allí no existe el escepticismo. Incluso a los escritores se les dice cómo escribir, a los compositores de música cómo componer y a los pintores cómo pintar.

Esto, como se desprende de la historia personal de su fundador, es un ejemplo perfecto de una apologética política, es decir, una doctrina pseudofilosófica concebida con fines políticos e impuesta desde fuera a través de medios políticos. No es ningún secreto que algunos gobiernos democráticos se preguntan ahora qué hacer al respecto. Lo que, como gobiernos, puedan tener que hacer con respecto a un determinado partido, es un problema puramente político del que, como filósofos, no estamos ahora preocupados. Lo que nos interesa directamente, como filósofos, es saber si la doctrina en cuestión es verdadera o falsa. A menos que demos demos dogmáticamente que es falsa, nos contentaremos con oponernos a ella con la única barrera del escepticismo filosófico.

Ciertamente, podemos intentar el escepticismo filosófico, pero si lo hacemos, es seguro que fracasaremos. ¿Cómo podrían oponerse eficazmente a los hombres que predicán a las multitudes su propio sistema de ideas como si se tratara de una verdad científicamente probada, aquellos que no están seguros de que algo sea cierto? Contra la propaganda materialista, el escepticismo filosófico no tiene ni un ápice de posibilidades; puesto que ni siquiera puede decir que, como filosofía, el materialismo dialéctico es falso, el escepticismo prácticamente admite que bien podría ser cierto. Hace más de diez años, mientras pronunciaba una serie de conferencias filosóficas, me tomé la libertad de

llamar la atención de mis amigos y colegas profesores sobre este aspecto práctico del problema. Está muy bien que juguemos con las doctrinas filosóficas como si hubiera que dar a cada una de ellas al menos una oportunidad deportiva, pero algunas de ellas son de tal naturaleza que, asumidas por un Estado y aplicadas por su autoridad, pronto no tendríamos ninguna oportunidad de decir lo que pensamos sobre ellas. A la luz de lo que ha ocurrido desde 1936, no veo ninguna razón para retirar esa advertencia, y hoy, aún más que entonces, hace quince años, parece claro que el tiempo de la indiferencia metafísica ha pasado. Si no tenemos ninguna verdad filosófica que oponer al materialismo dialéctico, no tenemos ninguna justificación intelectual para oponernos a sus consecuencias en el orden político. En resumen, estamos jugando una batalla perdida y será demasiado tarde para quejarse después de haberla perdido.

Para esta situación, hay un remedio y sólo uno. No se trata de oponer al marxismo otra filosofía reforzada por el Estado, lo que no sería más que perpetuar el mismo error, sino de recuperar ese sano dogmatismo que es inseparable de un ejercicio normal de nuestras inteligencias. Porque, en efecto, el dogmatismo no consiste en la creencia de que todo lo que nos parece verdadero lo es. No es ni temeridad en el juicio, ni obstinación en mantener las conclusiones de nuestros juicios. La mente verdaderamente dogmática no lo es al principio de sus investigaciones, sino al final. Modesto y paciente, tal intelecto será el último en saltar a las conclusiones o en retirarlas de la crítica. Llega un momento en que un hombre simplemente no puede negarse a aceptar ciertas conclusiones sin negarse a confiar en su propio entendimiento, por el cual es un hombre; y así como él mismo acepta una verdad, la declara, junto con sus razones para hacerlo, para que otros hombres puedan aceptarla también, a la luz, no de su propia mente, sino de la de ellos. En este sentido, el dogmatismo no es más que otra palabra para designar la condición normal y saludable del entendimiento humano.

Lo que es saludable para el hombre individual no puede ser insalubre para el cuerpo político, cuyos miembros son los hombres. Imaginar que el escepticismo en filosofía favorece la tolerancia es olvidar que muchos tiranos profesaron expresamente que no estaban seguros de nada. Incluso el llamado relativismo científico defendido por algunos filósofos como favorable a la tolerancia política está lejos de constituir una garantía segura contra eventuales persecuciones. Entre las ilustraciones de su “liberalismo empírico” dadas por Bertrand Russell, hay una que nunca leo sin experimentar un profundo sentimiento de inquietud. “Si”, dice nuestro filósofo, “es cierto que la escatología de Marx es verdadera, y que tan pronto como el capitalismo privado haya sido abolido todos seremos felices para siempre, entonces es correcto perseguir este fin por medio de dictaduras, campos de concentración y guerras mundiales; pero si el fin es dudoso o los medios no son seguros para lograrlo, la miseria presente se convierte en un argumento irresistible contra tales métodos drásticos. Si fuera seguro que sin los judíos el mundo sería un paraíso, no podría haber ninguna objeción válida a Auschwitz; pero si es mucho más probable que el mundo resultante de tales métodos sea un infierno, podemos dar rienda suelta a nuestra repulsión humanitaria contra la crueldad”². En resumen, Lord Russell nos invita a vivir en una sociedad en la que la democracia sea segura porque hay una alta probabilidad de que Marx y Hitler estén equivocados, aunque sigue existiendo la posibilidad de que tengan razón. ¿No nos sentiríamos más seguros en una sociedad en la que se entendiera que la verdad no puede probarse quemando a cualquier número de herejes en la hoguera; que las dictaduras, los campos de concentración y las guerras mundiales son criminales en sí mismos; que incluso si el asesinato de un solo judío bastara para convertir el mundo en un paraíso, no habría justificación para matarlo? No sé si el

² Bertrand Russell, *Philosophy and Politics*, Cambridge University Press, 1947, 24–25.

mundo está destinado a convertirse alguna vez en un paraíso, pero la forma más segura de que se acerque a serlo sería obedecer estrictamente la ley divina: “No matarás”. O bien, si preferimos la filosofía a la religión, repitamos con Kant: ningún ser humano debe ser utilizado jamás como medio para ningún fin, porque él mismo es un fin. Es decir, ni una sola persona, por ningún motivo político ni bajo ninguna circunstancia política. Hace muy poco, Russell declaró como el primero de sus diez mandamientos para salvar a la sociedad del fanatismo: “No sentirse absolutamente seguro de nada”. Mi propia pregunta ahora es: ¿En qué tipo de sociedad habrá más probabilidades de que prevalezca la tolerancia política? ¿Es en una sociedad cuyos líderes no están “absolutamente seguros” de que el asesinato en masa no es a veces permisible? ¿O en una sociedad cuyos líderes están absolutamente seguros, con Kant, de que el asesinato político es un crimen? Contra el fanatismo político, el relativismo filosófico es la protección más débil que se puede concebir.

No hay ninguna razón para que la tiranía política sea la única actitud que goce de una justificación racional. Al igual que el comunismo, la democracia occidental presupone una noción filosófica de hombre, y a menos que sepamos que esta noción es verdadera, y por qué razones muy precisas lo es, no tiene sentido que neguemos la validez de la concepción marxiana de hombre. A diferencia de la ortodoxia comunista, nuestra propia verdad filosófica da cabida a un número indefinido de realizaciones políticas concretas, según las épocas y los lugares, que son todas legítimas siempre que respeten la noción general de hombre que ha inspirado nuestras observaciones precedentes, a saber, que el hombre es una persona, que es un ser intelectual, capaz de decidir por sí mismo en todas las cuestiones relativas a la conducta humana. Poder organizar la propia vida según el mejor criterio de una razón esclarecida, tal es la raíz última de la propia libertad intelectual y personal del hombre y, en consecuencia, el origen de todas las libertades particulares, incluidas las políticas. Si sólo hubiera que decidir este

punto, tendríamos que elegir dogmáticamente entre dos filosofías opuestas, es decir, tendríamos que decir de una de ellas que es verdadera y de la otra que es falsa. Porque, en efecto, no puede ser cierto, al mismo tiempo, decir que cada ser humano es libre de seguir la luz de la razón, y decir que todos debemos someternos a la verdad colectiva de una determinada clase social; o decir que los hombres conocen la verdad a la luz de los primeros principios del intelecto, y que la verdad está determinada para ellos por las condiciones económicas locales de su tiempo. No podemos sostener coherentemente, al mismo tiempo, que hay un Dios y que no hay Dios; o bien, que todo lo que es real es material, y sin embargo que elementos definitivamente espirituales entran en la textura de la realidad.

Para concluir, quizás podríamos permitirnos ser escépticos en filosofía, si estuviéramos decididos a ser intolerantes en política. Después de todo, cuando un dictador utiliza una doctrina filosófica como herramienta política, ¿por qué debería importarle si esta doctrina es verdadera o no? Mientras funcione, es suficiente para él. No es así si nos tomamos la filosofía en serio, pues por muy dogmáticos que seamos en nuestras conclusiones, una cosa al menos es segura, y es que así como las consideramos verdaderas a la sola luz del conocimiento intelectual, la única manera que tenemos de lograr su reconocimiento común es hacer que su verdad se manifieste a los intelectos de los demás hombres. El verdadero filósofo no tiene ningún partido detrás, ni ejército, ni policía, ni propaganda de ningún tipo. Sabe perfectamente que, aunque quisiera, no podría hacerles conocer la verdad de lo que ustedes mismos no ven todavía como verdadero. Como cualquier otro vicio moral, la intolerancia es un pecado contra la propia naturaleza de la razón y una de las peores entre las innumerables formas de estupidez. Pero precisamente porque la luz intelectual es su única arma, un verdadero filósofo no puede permitirse el lujo de ser un escéptico con respecto a los principios fundamentales de la vida humana. Ahora bien, cuando se trata de tales problemas, cada uno de nosotros tiene que ser

un verdadero filósofo porque está en juego toda su vida. Si ustedes se sienten dispuesto a renunciar a todas sus libertades personales, no tienen que preocuparse por la filosofía, porque el Estado pronto les dirá lo que tiene que pensar; pero si todavía no están preparados para este fatídico sacrificio, no podría aconsejarles demasiado que se tomen en serio la filosofía.

Traducido por Ceferino Muñoz Medina

Dogmatism and Tolerance

SUMMARY

In this article, Étienne Gilson analyzes the notions of dogmatism and tolerance in the light of the analysis of various contemporary historical facts. He defines dogmatism as the philosophical position that affirms that there are certain propositions that can be considered absolutely necessary. Similarly, he defines tolerance in direct relation to dogmatism: for Gilson, there can only be tolerated where there is dogmatism since one can only tolerate the falsity of a position as long as one is sure that another true position exists. Likewise, Gilson succeeds in showing that there is no necessary link between what is called philosophical dogmatism and political tyranny, just as there is no necessary link between philosophical scepticism and political freedom.

Keywords: dogmatism, tolerance, totalitarianism, scepticism, freedom

REFERENCES

Bertrand Russel. *Philosophy and Politics*. Cambridge University Press, 1947.